

# LOS PRIMEROS AÑOS DE LA DÉCADA DE 1980 EN LATINOAMÉRICA: ¿OTRA VEZ LOS AÑOS TREINTA?

CARLOS F. DIAZ-ALEJANDRO  
Columbia University

## I. *Introducción*

No hace falta mantener al lector en suspenso: las diferencias entre los primeros años de la década de 1980 y de 1930 son más importantes que sus semejanzas. Pero la cuestión no deja de ser pertinente y la comparación podría iluminar ambos períodos históricos, mientras que ahonda en la comprensión del comportamiento cíclico de las economías periféricas, semiindustrializadas, y en su interacción con la economía internacional.

Los períodos de depresión han demostrado ser más interesantes que los de *boom* para el estudioso de América Latina: los primeros años de la década de 1890, la crisis de 1920-21 y los años treinta han recibido más atención que todas las épocas de prosperidad anteriores o posteriores. La morbosidad del especialista no es la única explicación de esta aparente preferencia por lo sombrío: se ha considerado durante mucho tiempo que los *shocks* externos de carácter negativo producidos por la economía internacional han impulsado una autonomía a corto plazo tanto económica como política en América Latina, siendo discutibles las consecuencias netas de las crisis para el bienestar.

El caso de los años 1930, al menos en los países latinoamericanos mayores y más autónomos, ha influido particularmente en la gestación de una actitud esperanzada hacia los *shocks* externos. En la década de 1970 era posible sostener que las economías y los sectores públicos que habían capeado con singular destreza el temporal de los años treinta se encontraban aún mejor preparados, cincuenta años después y con una gran industrialización a la espalda, para enfrentarse a todo lo que la economía internacional pudiera lanzarles en los años 1980.

Dicho optimismo era infundado. La evidencia existente indica que mientras la severidad del *shock* externo cuantificable ha sido más leve en los primeros años de la década de los ochenta que en los de la década de los treinta, el rendimiento de al menos varias de las primeras economías latinoamericanas ha sido más débil en el período más reciente. En Argentina, Brasil y Chile, el

producto nacional bruto per cápita y la producción industrial salen peor parados a principios de los ochenta que a principios de los treinta —véanse Díaz-Alejandro (1983), pp. 8-9; Naciones Unidas (1983 *b*), cuadro 2—. A pesar de que los datos no siempre permiten una comparación precisa, México y Venezuela parecen gozar de mejor situación durante el período depresivo más reciente, por razones evidentes. El rendimiento de la economía colombiana es relativamente bueno durante ambas crisis. Mientras que varios países de América Latina se recuperaron antes y más rápidamente que Estados Unidos a principios de los años treinta, en los primeros años de los ochenta ha ocurrido lo contrario en todos los países.

El resto de este artículo está organizado del siguiente modo: se tratarán en primer lugar las *semejanzas* entre ambos períodos históricos, incluidos los paralelos en la situación precedente; se analizarán luego las *diferencias* más sobresalientes, tanto con respecto a las estructuras económicas latinoamericanas como a sus vínculos con la economía internacional; el trabajo se cerrará con las conclusiones y salvedades.

## II. *Semejanzas*

Pueden apreciarse semejanzas entre los años 1980 y 1930 en los *booms* que les precedieron, en el carácter de los *shocks* externos y en ciertos aspectos de la respuesta interna.

Tanto los últimos años de la década de 1920 como de la de 1970 presenciaron importantes entradas de capital en las economías latinoamericanas. Las relaciones de intercambio exteriores y la demanda de artículos de exportación eran aceptablemente buenas, dándose situaciones concretas en cada país dependientes de la suerte variable de diversas mercancías. Como en otros «buenos tiempos» de la historia de dichas economías, existía una tendencia hacia el crecimiento de las reservas internacionales y a que los tipos de cambio nominales fueran a la zaga de las diferencias entre inflación interna y externa. Como a fines de los años 1920, en que la mayor parte de las naciones latinoamericanas procuraron lograr tipos de cambio nominales fijos (en el contexto del patrón-oro), a fines de la década de los setenta y muy primeros años de los ochenta algunos países optaron por fijar los tipos de cambio nominales, o por fijar de antemano su tipo de cambio. La combinación de circunstancias externas y política interna en ambos períodos produjo unos tipos de cambio reales sobrevalorados en relación a la norma histórica. Es probable que este mismo fenómeno se diera también en otros períodos de prosperidad en la historia económica de Latinoamérica. Parece, asimismo, que la entrada de capital, tanto en los años veinte como en los setenta, generó una significativa expansión en el

gasto público, en forma de obras públicas (durante la década de 1920) o en inversiones de empresas públicas (en la de 1970).

El deterioro de las relaciones de intercambio en los primeros años de la década de 1980 ha casi alcanzado, en algunos países, la magnitud de la crisis de principios de los treinta. En el cuadro 1 se comparan las medias trienales, presentándose los cambios porcentuales entre dichos trienios. Brasil, Colombia y Chile muestran la decadencia trienal más similar durante los dos períodos históricos; en el caso de Brasil, el descenso en el período más reciente es más pronunciado si se toma 1975-77 como base de comparación. Entre los grandes exportadores de petróleo, como México y Venezuela, el caso es muy distinto, mientras que el deterioro en las relaciones de intercambio de Argentina y Perú a principios de los años ochenta parece leve si se compara con los primeros años de la década de los treinta. El período más reciente es a la vez más heterogéneo y menos catastrófico que el anterior con respecto a las relaciones de intercambio. La importancia a largo plazo del petróleo y de la buena o mala fortuna de otras mercancías se perfila en la última columna del cuadro 1, comparándose los primeros años de la década de 1980 con los de 1970, antes de la primera gran alza de los crudos.

Tanto a principios de los treinta como a principios de los ochenta, los tipos de interés reales *ex-post* subieron desmesuradamente. En el primero de los períodos en cuestión, los tipos de interés nominales en Londres y Nueva York permanecieron aproximadamente dentro de su norma histórica, mientras

### CUADRO 1

*Cambios porcentuales en las relaciones de intercambio: principios de la década de 1930 comparada con el mismo período de la década de 1980*

	1928-29-30 <i>a</i> 1931-32-33	1978-79-80 <i>a</i> 1981-82-83	1975-76-77 <i>a</i> 1981-82-83	1971-72-73 <i>a</i> 1981-82-83
Argentina ... ..	-29	- 2	- 9	- 34
Brasil ... ..	-32	-31	-42	- 45
Colombia ... ..	-24	-22	-19	+ 9
Chile ... ..	-38	-28	-32	- 53
México ... ..	-33	+19	+44	+ 65
Perú ... ..	-30 *	-12	- 6	+ 11
Venezuela ... ..	-21	+21	+47	+281

\* Hace referencia al cambio porcentual entre 1929-30 y 1932-33.

FUENTES Y MÉTODOS: Los datos básicos proceden de Naciones Unidas (1976), Naciones Unidas (1983 *a*) y Naciones Unidas (1983 *b*).

que los niveles del precio del dólar y la libra esterlina descendieron acusadamente. A principios de los años ochenta, la baja en la tasa de inflación internacional ha sido más pronunciada que en los tipos de interés nominales. Ambos períodos presenciaron un aumento de los intereses debido a las deudas exteriores, muy altas en relación con la capacidad de exportar.

Incluso mientras se elevaban los tipos de interés, las entradas de capital descendían acusadamente durante ambas crisis. Dicho movimiento se debilitó ya en 1929, mucho antes de que se produjeran indicios de posibles irregularidades en el servicio de deuda. A principios de los años ochenta siguió a la guerra de las Malvinas un serio descenso en la entrada voluntaria de capitales. La contracción, más o menos simultánea, de las relaciones de intercambio y la entrada de capitales ha sido, sin duda, una característica de los ciclos periféricos desde el siglo XIX.

Ambos períodos históricos comparten una severa reducción del volumen de importaciones, desde el máximo cíclico a su punto inferior. La índole de su importancia es similar en ciertos países, como Argentina y México, como puede apreciarse en el cuadro 2. Pero el mismo cuadro muestra, no obstante, que la reducción de importaciones de principios de los ochenta no ha alcanzado, en la mayoría de los casos, la gravedad de comienzos de los años treinta. Colombia y Perú exhiben incluso un volumen medio de importaciones en 1982-83 que supera el de 1979-80-81.

## CUADRO 2

*Cambios porcentuales en el volumen anual medio de importaciones: primeros años de la década de 1930 comparados con los de la década de 1980*

	<i>Media de 1928-29-30 con media de 1931-32</i>	<i>Media de 1979-80-81 con media de 1982-83</i>
Argentina .....	-43	-42
Brasil .....	-56	-23
Colombia .....	-55	-18
Chile .....	-64	-40
México .....	-50	-40
Perú .....	-50 *	- 2
Venezuela .....	-58	-22

\* Compara la media de 1929-30 con la de 1931-32.

FUENTES Y MÉTODOS: Como en cuadro 1.

Las devaluaciones en los tipos de cambio representaron un elemento crucial en la readaptación de comienzos de los treinta. El abandono de las paridades del patrón-oro se produjo muy pronto en ciertos países, mientras que otros esperaron verse obligados a la devaluación por falta de reservas. Las acusadas depreciaciones nominales aventajaron con mucho al diferencial entre los cambios de nivel de los precios locales e internacionales, de modo que cuando se compara 1930-34 con 1925-29 se obtiene una considerable devaluación en el tipo de cambio real, especialmente en aquel aplicado a las importaciones (los primeros años treinta presenciaron el establecimiento de tipos de cambio múltiples). El tipo de cambio de las importaciones reales medias se elevó entre 1925-29 y 1930-34 en cantidad que variaba desde el 32 por 100 (México) al 86 por 100 (Chile), oscilando las depreciaciones de Argentina, Brasil, Colombia, Perú y Uruguay entre ambas cifras —véase Díaz-Alejandro (1982), p. 339, cuadro 20.4.

Los momentos en que se han producido las grandes devaluaciones nominales de comienzos de los años ochenta también han estado espaciados entre sí, y su impacto sobre los tipos de cambio *reales* ha variado también de un país a otro. Pero el giro de los tipos de interés reales con respecto a la tendencia y los niveles de fines de los años setenta y muy primeros de los ochenta ha sido muy notable, como puede comprobarse en el cuadro 3. Los casos de Argentina, Chile y México muestran la línea más clara al seguir, primero,

### CUADRO 3

*Indices de los tipos de cambio reales*  
(1980 = 100)

	1976-77-78	1979-80	1981	1982
Argentina ... ..	209	113	129	305
Brasil ... ..	77	91	95	98
Chile ... ..	110	107	92	116
Colombia ... ..	112	100	100	100
México ... ..	117	105	92	138
Perú ... ..	94	105	92	98
Venezuela ... ..	108	104	95	92
Corea del Sur ... ..	101	95	102	108

FUENTES Y MÉTODOS: Los datos básicos proceden del Fondo Monetario Internacional (1984). Los tipos de cambio nominales se refieren a los tipos medios implícitos del período, línea rf. Los tipos están corregidos por la inflación en Estados Unidos y en el país correspondiente, utilizando los precios de consumo, línea 64.

una tendencia ascendente seguida por bruscas depreciaciones reales. Otros países exhiben tendencias menos pronunciadas o claras, pero hacia 1982 ó 1983 la mayoría de ellos registraron tipos de cambio reales considerablemente más elevados que los de 1976-80.

Tanto los comienzos de los años treinta como los de los ochenta demuestran que los tipos de cambio reales son, antes o después, sensibles a las alteraciones en las relaciones de intercambio y a los cambios en los movimientos de capital, contrariamente a ciertas apresuradas interpretaciones de la doctrina de la paridad del poder adquisitivo, que estuvieron muy en boga durante los últimos años de la década de 1970 en algunos países sudamericanos. Como se observó anteriormente, podría aventurarse que la unión, durante períodos de *boom*, de unas relaciones de intercambio favorables, con una entrada de capitales y unos tipos de interés reales inferiores a la media a largo plazo, se da probablemente en los ciclos comerciales de América Latina desde el siglo pasado, al menos, e igualmente el fenómeno opuesto una vez producido el colapso del *boom*.

Como en los años treinta, las grandes devaluaciones estuvieron acompañadas, bien por una intensificación o bien por la introducción de controles de cambio, incluso en países tales como México, con una tradición de libre convertibilidad, e incluso allí donde los funcionarios de los bancos centrales eran conocidamente contrarios a la medida. Tras las devaluaciones, los mecanismos de control de cambio eran probablemente algo superfluos, pero los funcionarios públicos, escarmentados por los *shocks* en la cuenta de capital y la súbita fuga de capitales, prefirieron mantenerlos, al menos como posibles recursos para la ejecución de su política.

El incremento inducido en los déficits del sector público durante los «malos tiempos» es otra de las constantes cíclicas que tienen en común los primeros años ochenta y los primeros treinta. Pero, a diferencia de estos últimos, no se encuentran, a principios de los ochenta, ejemplos de aumentos *autónomos* en el déficit del presupuesto, comparables a los registrados en Brasil, con relación al plan de valorización del café. Trataremos ahora esta y otras diferencias sobresalientes entre ambos períodos.

### III. *Diferencias*

Existen diferencias importantes entre los años 1980 y 1930 en diversas características de la balanza de pagos latinoamericana, en políticas nacionales y condiciones económicas y en los rasgos de la economía política internacional que inciden sobre los países de América Latina.

Los sectores de importación a fines de los años 1970 eran menores, en relación al producto nacional bruto, y más diversificados que a fines de los años 1920. Se suponía que, junto a unas estructuras productivas nacionales más diversificadas y unos sectores públicos mayores, los sectores de exportación, menores y más diversificados, harían menos vulnerables al *shock* externo a las economías latinoamericanas. La diversificación se refiere tanto a los productos como a los mercados: hacia fines de la década de los setenta, las exportaciones brasileñas, por ejemplo, incluían toda una variedad de productos primarios y manufacturados, enviados al mundo entero. La expansión del comercio intralatinoamericano fue notable durante los años 1960 y 1970. A diferencia de la década de 1920, la propiedad nacional de las actividades tradicionales de exportación, incluso en los aspectos de comercialización, era más la regla que la excepción. En el caso de países como Argentina, Brasil y Chile, dichos cambios estructurales en sus sectores de exportación parecen hacer aún más desconcertante su decepcionante actuación en los primeros años de la década de los ochenta.

Visto desde el lado de las importaciones, algunos de estos cambios proporcionan ciertas claves para la explicación de las diferencias en la práctica. La relación entre importaciones y producción nacional era realmente más elevada a fines de los años veinte que a fines de los setenta; entre las importaciones figuraban también muchos artículos que eran más competitivos que complementarios con la producción nacional. Las restricciones sobre las importaciones durante los últimos años de la década de 1920 fueron más laxas, en la mayoría de los países latinoamericanos, que a fines de la década de los setenta. Quedó abundante espacio para la sustitución de importaciones cuando los precios relativos cambiaron a comienzos de los años treinta, como resultado de devaluaciones reales y restricciones más duras sobre la importación. La composición de la importación brasileña de comienzos de los años ochenta no es fácilmente alterable, pues, tras muchos años de un extremado proteccionismo, está casi totalmente compuesta por bienes muy complementarios de la producción nacional, los cuales no son tan fácilmente sustituibles como las importaciones de textiles, cemento y productos farmacéuticos de fines de los años veinte. En realidad, en los primeros años de la década de los ochenta, las importaciones latinoamericanas que mejor han podido sustituirse, o postergarse, han sido productos importados de otros países latinoamericanos: el comercio intralatinoamericano se ha reducido más que el comercio con el resto del mundo.

Las alteraciones en las características de los vínculos con los mercados de capital internacionales son más notables que las que se observan en el comercio de mercancías. A fines de los años veinte, el capital extranjero representaba una proporción mayor del *stock* de capital latinoamericano que a

finés de los años setenta; en el primero de estos períodos se dieron sustanciales inversiones extranjeras directas en la exportación y en actividades relacionadas con la exportación, y la deuda exterior tomó la forma de obligaciones a largo plazo. Los intereses y dividendos derivados de la inversión extranjera directa en el sector de exportación tendían a fluctuar con las relaciones de intercambio; las obligaciones, sin embargo, representaban intereses y amortizaciones en los beneficios en divisas que eran constantes en términos nominales. La deuda exterior acumulada hacia fines de la década de los setenta se debía en una proporción considerable a unos cientos de bancos, más bien que a miles de obligacionistas, aunque la deuda bancaria también era pagadera en divisas constantes en términos nominales.

¿Ha hecho la deuda bancaria más vulnerables a los países latinoamericanos al *shock* externo que la deuda en obligaciones? *Ex-ante* la respuesta parecía debatible. Los bancos que otorgaban préstamos, estando más próximos a los sistemas monetarios de los países industrializados, parecían más vulnerables a las presiones de los deudores, como dice la celebrada observación keynesiana. Puede decirse que las consecuencias de suspender pagos a viudas, huérfanos y otros obligacionistas desperdigados por el Norte han presentado menores amenazas a las estructuras financieras de América del Norte que las quiebras de sus primeros bancos provocadas por el incumplimiento de pagos latinoamericano. A fines de los años setenta parecía irrevocablemente desaparecida la diplomacia del cañón y el dólar.

Como se observó anteriormente, tanto en los primerísimos años de la década de 1930 como en los de la década de 1980, las cargas de servicio de la deuda exterior se elevaron enormemente como porcentaje de las exportaciones latinoamericanas. Durante 1931 empezaron a hacer su aparición serias irregularidades en el servicio de deuda, y hacia 1934 la mayoría de los países había suspendido unilateralmente la amortización regular en el pago de la deuda, mientras que los envíos de intereses y dividendos se retrasaban y quedaban en muchos casos bajo control de las autoridades monetarias. Hasta mayo de 1984, los pagos de intereses sobre la deuda latinoamericana han seguido en curso; se han producido esporádicas alarmas durante los primeros años de la década de 1980, pero no serios incumplimientos. Los países más importantes han realizado extraordinarios esfuerzos para mantener puntualmente el pago de intereses y para devolver el principal. Dado que la deuda bancaria exige vencimientos a plazo más corto que la deuda en obligaciones, el proceso de devolución ha supuesto negociaciones más frecuentes y apremiantes que las realizadas con los representantes de los obligacionistas extranjeros durante los años treinta.

El peso de adaptación a los *shocks* inesperados recayó, en gran medida, sobre las espaldas de inversionistas y obligacionistas extranjeros a comienzos



de los años treinta; a comienzos de los ochenta, una proporción mucho más elevada de dichas cargas ha recaído sobre los países latinoamericanos, mientras la mayoría de las entidades de préstamo pagaban un reducido precio por las erróneas predicciones de fines de la década de los setenta. Unida a otras circunstancias, que se tratarán más adelante, la deuda bancaria mantuvo a los países latinoamericanos atados más corto que la deuda en obligaciones de principios de la década de los treinta.

Cuando empezaron a producirse los *shocks* externos a fines de los años veinte, las economías latinoamericanas se encontraban en un grado aceptable de equilibrio interno, reflejado al menos en la estabilidad de los niveles de precios. A principios de los años treinta, las inesperadas deflaciones de precios se convirtieron en un problema, una amenaza en parte compensada por devaluaciones de los tipos de cambio nominales. Por el contrario, durante los años setenta, la mayor parte de las naciones latinoamericanas tuvieron que hacer frente a una inflación interior muy superior a la media de la post-guerra; no obstante las contracciones en producción y el aumento del paro, la inflación ha seguido siendo un problema durante los primeros años de la década de los ochenta. Una inflación sostenida, y en algunos casos acelerada, ha reducido las alternativas en política monetaria y fiscal durante los años ochenta, en fuerte contraste con la situación «más llevadera» de comienzos de los años treinta, en que los casos de indiciación fueron escasos. Las autoridades económicas en Argentina, Brasil y México en los años 1983-84 no pueden olvidar el impacto que las posibles medidas expansionistas fiscales y monetarias puedan tener en una inflación históricamente sin precedentes.

La situación política interna a comienzos de ambas crisis muestra curiosas diferencias: hacia fines de los años veinte, la mayoría de los países latinoamericanos había adoptado regímenes constitucionales, que mantenían discretamente oculta la intervención militar en la política. Los últimos años de la década de 1970 presenciaron regímenes claramente militares y autoritarios en varias naciones latinoamericanas. A comienzos de los años treinta, la mayor parte de los regímenes constitucionales se vieron desbancados por una serie de nuevas combinaciones políticas; incluso cuando un régimen sobrevivió, se dieron importantes alteraciones en su dirección política, como en Colombia y México. La experimentación en política económica se vio fomentada por dichas tendencias. Los primeros años ochenta demostraron la superficialidad de las declaraciones hechas por ciertos gobiernos autoritarios en el sentido de haber forjado cambios fundamentales en las economías latinoamericanas; al desmoronarse los «milagros» económicos, debido en parte a los *shocks* externos, pero parcialmente resultado también de desencaminadas medidas internas, la incapacidad de los militares se hizo evidente, incluso en el aspecto militar, dando pábulo con ello a ciertas aperturas de-

mocratizantes. La democratización, bajo delicadas circunstancias económicas y sociales, parece haber generado una actitud precavida hacia la experimentación en política económica.

El contraste más significativo entre principios de los años treinta y principios de los ochenta reside en lo que podría definirse, en términos amplios, como la economía política internacional, lo cual explica probablemente otros diversos contrastes de los ya observados. Los primeros años treinta dieron claras señales de que había concluido irrevocablemente un orden económico internacional basado en el patrón-oro, el libre comercio y la hegemonía británica, el cual se había ya iniciado al final de las guerras napoleónicas. La famosa santidad de los contratos internacionales quedó también debilitada muy a principios de la década de 1930, cuando Alemania suspendió el pago de reparaciones y Gran Bretaña y Francia interrumpieron el servicio de préstamos obtenidos de Estados Unidos en la I Guerra Mundial. Las naciones industrializadas volvieron la mirada hacia su propio interior, y la conferencia económica mundial de Londres constituyó un evidente fracaso. Académicos, políticos y periodistas proclamaron «el fin del *laissez-faire*». Las ideologías liberales y democráticas se encontraron en retirada ante la presión de fascistas y bolcheviques, aparentemente vigorosos. La recuperación económica en los países industriales, que con frecuencia se anunciaba como muy próxima, se produjo tardía y lentamente; las mayores economías siguieron inertes. Los sistemas bancarios, especialmente en Estados Unidos, sufrieron quiebras masivas, y los dirigentes financieros y comerciales se convirtieron en objeto de ridículo e investigaciones.

Los comienzos de la década de 1980 ofrecen un panorama muy distinto. Las instituciones internacionales posteriores a la II Guerra Mundial han resistido la crisis y, en algunos casos, incluso se han fortalecido, como el Fondo Monetario Internacional. El GATT (*General Agreement on Tariffs and Trade*) ha sido víctima de los embates y la erosión producidos por ciertas presiones de tipo proteccionista, que recuerdan a las de comienzos de los años treinta, pero en general se han evitado los excesos proteccionistas similares a los del período anterior. Los sistemas internacionales bancarios y financieros han sufrido varias alarmas, pero no se han producido desastres importantes. Se ha estancado el volumen de comercio internacional, pero no ha decaído de modo acusado. Como resultado, el volumen de exportaciones latinoamericanas ha sufrido menos en esta ocasión. Desde comienzos de 1983, la economía norteamericana ha experimentado una tendencia cíclica al alza, que a principios de 1984 parece haberse extendido a Europa. Tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos, los primeros años ochenta presenciaron el resurgir de una ideología *neo-laissez-faire*, que recibió el respaldo del electorado de aquellos países, para sorpresa de muchos observadores. Los Es-

tados Unidos reafirmaron sus pretensiones de hegemonía internacional, en ocasiones de manera alarmante. Las alternativas claras al neoliberalismo democrático, representadas por los herederos del fascismo y el bolchevismo de comienzos de los años treinta, habían perdido gran parte de su atractivo a comienzos de los ochenta. En el mundo mediterráneo, siempre foco de interés para Latinoamérica, se perfilaba una prudente tendencia socialdemócrata.

La estructura de incentivos y penalizaciones que la economía política internacional de comienzos de los años ochenta presentaba a los gobernantes latinoamericanos es claramente muy distinta a la de principios de la década de los treinta. Los beneficios esperables del mantenimiento de vínculos económicos con el exterior son mayores, mientras que se perciben como más importantes los costes de una interrupción brusca de los mismos. En la actual situación prevalece, por lo general, el Centro, que permanece vigilante y amenazador. No existe una crisis hegemónica kindelberguiana a la vista que proporcione cierta latitud de medidas políticas. Hay hoy día más países que se encuentran en la difícil situación de la Argentina de los treinta, situación que indujo a este país a cumplir puntualmente con el servicio de la deuda. Un Centro en proceso de recuperación, con instituciones financieras intactas, a diferencia de los primeros años treinta, proporciona, asimismo, un fuerte atractivo para el ahorro de la Periferia, limitando el espacio de posibilidades en los ámbitos monetario y de cambios.

### *Salvedades y conclusiones*

La disponibilidad de datos, más el volumen mismo de sus poblaciones y economías, han inclinado este trabajo hacia el análisis de los grandes y medianos países latinoamericanos, dejando a un lado el Caribe, América Central y otras economías menores de la zona. La heterogeneidad en las circunstancias económicas y políticas de estas naciones parece hoy mayor que en los años treinta. En América Central, los *shocks* externos se han combinado con las convulsas condiciones políticas interiores para producir una depresión económica que es, probablemente, más profunda que la de comienzos de los años treinta. Por otra parte, la economía cubana de comienzos de los años 1980, planificada centralmente, parece más estable que la de los primeros años de la década de 1930, al menos si tomamos la producción de azúcar como índice. Es posible que las islas menores del Caribe, que importan petróleo y exportan azúcar al mercado mundial, hayan sufrido, en los comienzos de los años ochenta, una decadencia en las relaciones de intercambio de la misma magnitud que la de los años 1930.

Otro punto no explorado en este artículo es la medida en que las polí-

ticas nacionales, tanto durante el *boom* de fines de la década de los setenta como en la subsiguiente recesión, hayan moderado el ciclo y hayan contribuido a una tendencia superior de crecimiento. Podría sugerirse, no obstante, que una prudente contención en el endeudamiento exterior, el evitar una excesiva sobrevaluación y excesos financieros en el interior, sumados a la ausencia de una inflación galopante a fines de los años 1970, han ayudado a Colombia a enfrentarse a los primeros años de la década de los ochenta más airosamente que otros países.

Las personas que hacia 1932 viajaban a América del Sur afirmaban que, en ciudades como São Paulo, las fábricas textiles tenían tres turnos de trabajo al día, y que el ambiente reinante contrastaba con el pesimismo que prevalecía en Norteamérica. En 1984, el optimismo económico ha vuelto a Nueva York y Washington DC, pero no a Buenos Aires o Brasilia. Cada vez más, las más optimistas proyecciones para América Latina suponen alcanzar hacia 1990 los ingresos per cápita vigentes en 1980, aceptando una década de crecimiento nulo y, a diferencia de los años 1930, escasos cambios estructurales. Las proyecciones descansan delicadamente sobre la cantidad de divisas que queden, tras el servicio de deuda, para elevar el volumen de importaciones por encima de los niveles extraordinariamente deprimidos de comienzos de los años 1980. Es fácilmente imaginable el tipo de acontecimiento que podría alterar incluso las situaciones de recuperación más modestas.

Podría sostenerse que en los años 1980 los programas políticos y económicos dentro de los más importantes países industrializados han sido, sorprendentemente, afortunados en cumplir sus objetivos. La restauración conservadora se ha extendido a la economía política internacional, en la que el talante prevaleciente a fines de los años setenta se ha alterado a favor de un antiguo orden rejuvenecido. Mientras que la depresión de principios de los años treinta tuvo un efecto liberador sobre las principales naciones latinoamericanas, la de los años ochenta ha tenido un efecto disciplinante. Gran parte de lo ocurrido hasta el momento es compatible con un comportamiento racional de las fuerzas dominantes económicas y políticas del Centro, maximizando su ventaja económica y su poder político. Pero dichas fuerzas podrían caer en el error, inducido por un exceso de seguridad, de querer llevar su ventaja demasiado lejos. La estructura de palo y zanahoria que la economía internacional ofrece a los países latinoamericanos hacia 1984 favorece aún, pero apenas, la conservación de los vínculos existentes con el exterior y el seguir las reglas dominantes del juego. El retraso de la recuperación económica o exigencias humillantes a los gobernantes latinoamericanos podrían hacer atractivos, una vez más, las moratorias unilaterales y todos los planes de sustitución de importaciones. No puede esperarse que se sostenga

durante mucho tiempo una situación donde los intereses sobre la deuda exterior latinoamericana exceden ampliamente los nuevos préstamos netos (las cifras de 1983 eran de 39 y 22 billones de dólares, respectivamente) —véase Inter-American Development Bank (1984), p. 19.

Es tentador concluir que la década de 1980 es, en América Latina, más similar a la de 1890 que a la de 1930. Pero es más exacto afirmar que mientras que todos los *booms* son prósperos de manera semejante, cada depresión dibuja los detalles de su penuria con distintos matices.

### REFERENCIAS

- DÍAZ-ALEJANDRO, Carlos F. (1982): «Latin America in Depression, 1929-39», capítulo 20 de Mark GERSOVITZ *et al.* (eds.): *The Theory and Experience of Economic Development. Essays in Honor of Sir W. Arthur Lewis*, Londres: George Allen and Unwin, pp. 334-355.
- DÍAZ-ALEJANDRO, Carlos F. (1983): «Stories of the 1930s for the 1980s», capítulo 1 de Pedro ASPE ARMELLA *et al.* (eds.): *Financial Policies and the World Capital Market: The Problem of Latin American Countries*, Chicago: The University of Chicago Press, pp. 5-35.
- INTER-AMERICAN DEVELOPMENT BANK (1984): *External Debt and Economic Development in Latin America. Background and Prospects*, Washington DC, enero.
- INTERNATIONAL MONETARY FUND (1984): *International Financial Statistics*, febrero.
- NACIONES UNIDAS (1976): *América Latina: Relación de Precios del Intercambio*, Santiago de Chile.
- NACIONES UNIDAS (1983 a): *Estudio Económico de América Latina, 1982*, Santiago de Chile.
- NACIONES UNIDAS (1983 b): *Balance Preliminar de la Economía Latinoamericana durante 1983*, Santiago de Chile.